

Presas fáciles

Sobre el caso Juan Daniel Estrada

Por Leonardo Sai

Si la vieja dama nos protege y rechaza la pretensión de los primeros advenedizos de transformarse en dueños, creo que permaneceremos como poder político, pero para que ello ocurra, tenemos que aceptar que nosotros también hemos violado la ilusión que ella tuvo con nosotros, que nosotros también asesinamos a sus hijos.

Fantasmas y aparecidos
Enrique Meler

La seguridad es una necesidad con la cual se manipula a los individuos con medios de comunicación manipulados, algunos, por el estado nacional; otros por grupos financiero-comunicacionales, a su vez, manipulados por multinacionales y bancos globales... Es el razonamiento que nos hunde en la comodidad contemplativa de un infinito abstracto de comandos: la (in) seguridad es producida por *algunos* contra *algunos* otros, efectivamente, seleccionados bajo el disimulo de los muchos. En este último sentido, la hacemos entre todos.

Cada vez resulta más claro que la maldita policía no solo es bonaerense sino el resultado de un micro-consentimiento (punteros, concejales, diputados, ministros, gobernadores) trabajado por fondos para bolsillos particulares, campañas electorales, complicidades de negocios turbios, mano de obra disponible... Razones de cierto peso para que su maniobrar organice el vaso comunicante entre el temor que brota del delito callejero y la corrupción en las altas esferas del poder. Tal es el control que ejercen los hombres de azul sobre el mercado de la indefensión. Sucede que ese “hombre de azul” —de quien esperamos ejemplaridad, honestidad, cuidado del prójimo y servicio a la comunidad— no es un “deber ser” sino un humano forjado por una economía de favores (el diario gratis, las facturas gratis, un auto gratis o en cómodas cuotas, la nafta gratis, las visitas gratis a las chicas... un cúmulo de beneficios que triplican el sueldo oficialmente percibido) que “inadvertidamente” lo corrompen. Una vez que se pasó a pertenecer a esta logia de impunes y prepotentes, la maldita policía se realiza como tal: se trastoca la voluntad de los novatos, con prescindencia del territorio.

Esta vez sucedió en Salta. En el barrio Juan Manuel de Rosas, un domingo de verano, lluvioso, frío, a las once de la noche, se estacionó el móvil 103 del Sistema de Emergencias 911, en una sandwichería, en diagonal a la casa de los Estrada, unos uniformados compraron hamburguesas. Jugaba Boca. Desde la casa de esta familia se escucharon disparos. Juan salió a ver lo que sucedía. Un policía armado, apunta su arma: “no se hagan los cancheros pendejos...”. Nadie sabrá lo que en ese momento sucedió, si hubo o no provocaciones, salvo los propios implicados. La reconstrucción del expediente es otra cosa y formará parte de la batalla judicial del asunto. Lo cierto es que Juan estaba allí y que recibió un tiro por la espalda; que la policía reclamó la prueba y la familia se la denegó; que si este muchacho logra sobrevivir, probablemente, no pueda volver a caminar; que tras herir al adolescente los policías se subieron a la camioneta del 911 y al intentar rajarse a toda velocidad chocaron contra un automóvil marca Renault Clio (patente RXI 219) estacionado a pocos metros del lugar de los hechos. ¿Quién es Juan Daniel Estrada?

Integraba un taller de radio en un Centro de Atención de Jóvenes en Conflicto con la Ley Penal. Le decían “el chato”. Sus docentes afirman que ponía todas las energías, que dejaba todo: sea en el

clown, en los murales, en la gimnasia. El pibe que terminó la primaria “adentro”, el que saldó sus adicciones, el que contaba con entusiasmo sus planes cuando saliera... En suma: hizo todo lo que el discurso resocializador del estado nación dice que hay que hacer para ser, supuestamente, “re-admitido” por la ficción moderna denominada “contrato social”. Cuentan que se había copado con el clown. Hacía las luces y sonido de los espectáculos que daba en el interior de Salta junto a un tallerista. Viajaba, ganaba unos pesos, participó del 1er encuentro de Radios realizado en Buenos Aires a través de los Centro de Actividades Juveniles (CAJ) del Ministerio de Educación de la Nación. Viajó para capacitarse en radio, compartir experiencias. Los CAJ representan para muchos chicos del interior una oportunidad para conocer la mugrienta capital federal: la foto en el obelisco; el horizonte de automóviles y puteadas permanentes; la calentura que brota del asfalto y del transitar de las porteñas irresistibles; un subte; una escalera mecánica; un Shooping; la 9 de Julio; la cancha bostera; anuncios, novedades, gigantes en lugar de cerros. El Chato viajó más de 20 horas. Tenía novia, hacía changas como ayudante de albañil, quería terminar el secundario y temía que la policía “le metiera algo”. Sabía sus 18. La seguridad no es un discurso sino una mafia, una bestia asesina, un joven con toda una vida por delante con el ánimo destrozado luchando por su vida, una posibilidad siempre latente (“que la policía te mate”) para los sectores populares, una familia y amigos que se están movilizandando para pedir justicia.

Justicia para Juan Daniel Estrada condensa los pasos a seguir en la batalla por una democracia auténtica. No habrá que pedirla sino ejercerla. Sucederá en el preámbulo de la Constitución mediante el control popular de la justicia y la fuerza policial, sea donde sea: elección de jueces, comisarios, control ciudadano y rendición de cuentas permanente. Las instituciones corrompidas por prácticas perversas, destructiva mala praxis y obscena imbecilidad, muestran *a quién protege el liberalismo* y su condición de *espectro*: la guerra de todos contra todos es la tragedia que nos recorre, más allá de todo relato. El futuro, para existir como tal, es una decisión política sobre quienes somos, lo que queremos ser. Esta decisión la están tomando los tarados porque hemos aceptado una condición de usuarios y votantes de servicios. Son los tarados nuestros y los tarados de ellos —los que se mueren por un minuto de televisión, un despacho, una secretaria, los que repiten la lección, los que no entienden lo que dicen, los que agotan las significaciones— quienes marcan el camino de nuestra desesperación cotidiana.

El Chato actualiza la desaparición de Luciano Arruga; testimonio de Julio López.

Buenos Aires, 24 de Marzo de 2013
www.leonardosai.wordpress.com